

Fiebre amarilla En los 125 años de *National Geographic*

Adam Gopnik

Paris to the Moon (2000) es el título mejor conocido de Gopnik (1956) entre los lectores que nada saben de Gopnik, tal y como su antología literaria *Americans in Paris* (2004) es su aportación más natural a la amplia nombradía que le dio ese título. Su género es el ensayo, su medio la prensa periódica, en particular la revista *The New Yorker*. Y su escenario predilecto la ciudad de Nueva York, cuyo pasado reciente aborda desde la perspectiva de la historia cultural en la serie que escribió para la BBC, *Lighting Up New York*. Esta nota sobre la revista *National Geographic* fue tomada de *The New Yorker* del 22 de abril de 2013. Traducción de Antonio Saborit.



Las revistas en su gran época, antes de que se las desatara de sus costillas y se digitalizaran por partes, antes de que el blogueo perpetuo las transformara en paquetes permeables, cambiando a cada rato de humor y toda la noche en vela como niños con cólicos, se esperaba que las revistas fueran registros magistrales de la efímera escena. Sin embargo, aunque en principio eran temporales, unas cuantas se volvían sin fecha, atemporales. La prueba de esta condición estaba en que se apilaban, despiadadamente, en cocheras y sótanos, para leerse... más adelante.

Cuando yo era niño, dos pilas de revistas, pilares de esta descarriada creencia en una futura lectura reposada, fueron creciendo en dos sótanos adyacentes. En nuestra casa, *Scientific American*, con sus páginas llenas de diagramas de Feynman y de juegos matemáticos que no se jugaban, se acumulaba mes tras mes; en la de mi abuelo, *National Geographic*, con su margen amarillo y con una foto brillante e impredecible en la portada —que podía ser tanto la de un niño afgano como la de una nave espacial. Aunque había veces que la pila de *Scientific American* la tiraba el niño de once años en busca de algún material científico, hasta donde sé la pila de *National Geographic* nunca la tocaban sus propietarios, y nada más estaba ahí

para subir más alto. Algunas veces, enfermo de sarampión o de paperas, me puse a pasar las páginas de las revistas, un poco hipnotizado; me acuerdo que en una ocasión me detuvo una ilustración de lo que había sucedido en un terremoto en Alaska, con toda una familia, tomada por sorpresa, dividida de pronto, a cada lado del hueco de una grieta en su calle antes normal, siendo el dibujo más aterrador por lo densamente ilustrativo, detallado y nada sensacionalista —tan sólo inspeccionando a esta alarmada nación, meramente *geográfica*.

Las dos revistas eran instituciones de Estados Unidos y ambas fueron parte del ritmo esencialmente atemporal del tránsito de uno a otro mes —la entrega de diciembre de 1967 de *Scientific American* se parecía, digamos, a la de septiembre de 1973, más de lo que la de 1967 se parecía a la de 1973. Leídas el día de hoy llevan también la callada marca de sus épocas. La entrega de julio de 1975 de *National Geographic* parece versar en buena medida sobre sí misma y sobre sus propias preocupaciones. Con Richard Nixon fuera y James Carter en camino, y el horror acabado de vivir de Vietnam, los textos de la portada prometen notas sobre Ben Franklin, los talladores de madera de Ozark y los cisnes silbantes, y sin embargo también es sobre el momento en el que fue realizada. La manera en la que Ben Franklin se siente tan deliberadamente anticipatorio del bicentenario, la manera en la que los talladores de madera de Ozark en 1975 pertenecen más a un pasado artesanal estadounidense que se escapa que a los Ozark, los anuncios con sus carros encogidos y el tono ligeramente azul de la película Ektachrome: el número se convierte en una pieza de época, aunque no fue hecho para ser sobre su época.

National Geographic perdura como un imperio, un rectángulo amarillo en la pantalla de un canal por cable ha reemplazado la pila de revistas amarillentas como el depósito fundamental de su existencia. Esas pilas deben seguir creciendo en las cocheras, pero tienen una existencia mucho más legendaria, como las enredaderas que cubren las ruinas de Machu Pichu (que la National Geographic Society fue la primera en publicar y explotar). Como hace no mucho se me dotó con una caja de DVDs de todos los números anteriores —unos ciento veintitrés años— decidí rebuscar nuevamente entre las revistas en el sótano de mi abuelo. El DVD se cierra y cruje, pero debajo de eso todavía alcanzo a escuchar el murmullo del deshumidificador y siento la sinuosa alfombra bajo mis piernas conforme al fin va bajando la pila.

National Geographic perdura como un imperio, un rectángulo amarillo en la pantalla de un canal por cable ha reemplazado la pila de revistas amarillentas como el depósito fundamental de su existencia. Esas pilas deben seguir creciendo en las cocheras, pero tienen una existencia mucho más legendaria, como las enredaderas que cubren las ruinas de Machu Pichu.

¿Qué era *National Geographic*? Era, y sigue siendo, la revista principal de la National Geographic Society. Las personas no

nada más se suscribían; se afiliaban. La sociedad dio comienzo en 1888 como un impresionante grupo cerrado de comedidos con un inclin por la exploración, cada cual con una idea de la carga del hombre blanco, y tres apellidos. (Robert M. Poole, en su *Explorers House: "National Geographic" and the World It Made*, ofrece una buena relación de los primeros años.) Gardiner Greene Hubbard, uno de los fundadores, fue sucedido en la presidencia por su yerno, Alexander Graham Bell —sí, ese mismo—, a quien sucedió su yerno, Gilbert Hovey Grosvenor, quien gobernó hasta 1954, y a quien por lo general se considera, en la literatura sorprendentemente amplia y polémica dedicada a la revista, como la persona que le dio a la cosa su estilo y su marca.

Cada revista se dirige a una comunidad de lectores, para la cual lo que la revista ofrece como algo alcanzado es, en realidad, aspiracional: la revista *Seventeen*, según esto, la leen personas de doce años, y ningún playboy ha leído *Playboy*. La meta explícita de la National Geographic Society, y de la revista de la casa, era mostrar el mundo a los cosmopolitas, ampliar el mapa, apoyar la exploración con becas y medallas. Pero la verdadera tarea de *National Geographic* era la de mostrar a los blancos que rara vez pasaban de Cincinnati o de San Francisco lo que había más allá de su comprensión. Los polémicos académicos van aún más lejos al insistir que el programa de la revista era el de mostrarles a sus lectores el lugar que ocupaba Estados Unidos en las enormes fauces del tiempo geológico y en la larga cadena de la creación, así como asegurarles que ellos estaban en la parte más alta de ambos.

Al hojear las entregas de la revista, o más bien al cliquearlas, me vino a la cabeza una expedición más específica: la de recorrer el año de 1913, página por página, y anuncio por anuncio, y ver qué imágenes y conocimientos tradicionales hay. Esto era doblemente seductor: primero, porque el que tengamos diez dedos hace que los siglos resulten auspiciosos, y segundo, porque el propio año de 1913 fue muy portentoso —el último año en que la optimista, visionaria y progresiva civilización que representaba *National Geographic* estuvo muy segura de ella misma. "Nunca tal inocencia otra vez", escribió Philip Larkin refiriéndose al momento anterior a la guerra. ¿Acaso hay finas venas de defectos en la taza de té que precedan su quiebre? ¿Qué imágenes vemos en 1913 cuando *National Geographic* mira al mundo, qué heraldos negros de la catástrofe por venir? ¿Qué sucede en el mundo?



Chinches y ratas almizcleras. O cuando menos más de los que uno esperaría. Las entregas en ese año decisivo van de las al-

turas a las profundidades, de *Indiana Jones* al Viento en los Sauces. Un mes estamos en las ruinas recién descubiertas de Machu Pichu, con su Templo de las Tres Ventanas ya sin enredaderas, uno de los sitios humanos en verdad misteriosos. El mes siguiente, entre pequeños animales de los bosques que “tomaron sus propias fotografías”, al activar alambres mañosamente dispuestos en el patio posterior de alguna casa: es ahí donde aparece la rata almizclera, sosteniendo de manera culposa una zanahoria de jardín ante la boca. Un pie de foto informa más adelante a los lectores: “Murió unos días después, tal vez debido a una indigestión con zanahorias”.

En una nota con una inspiración similar los insectos del patio de atrás son vistos, microscópicamente, como monstruos de enormes ojos. (Los escritores de ciencia ficción de los años cuarenta del siglo XX los debieron haber visto aquí por primera vez.) Se pasa revista a todos los faros en Estados Unidos (¿sabía usted que el más brillante del mundo alguna vez fue el faro de Navesink, en Nueva Jersey, que iluminaba la bahía de Nueva York?) Y un amplio artículo pasa revista a la teoría del cáncer parasitario, con fotografías de plantas y flores enfermas.

Luego viene el informe sobre una visita a Burma escrito en el estilo que S. J. Perelman, a la sazón un niño de nueve años, transformó en su misión de la vida en pos de lo burlesco:

Usted sabe que se trata de una de las posesiones orientales de Inglaterra, y si le dio la vuelta al globo recuerda haber llegado por Rangún. Tiene presente la pagoda *Shwe Dagon* y la “chica de Burma” con su “cacho de puro”. Tal vez usted llegara a Mandalay por tren, navegara en una lancha hasta Prone y volviera a abordar su vapor en Rangún. Asumiendo que usted es un turista promedio, a esto se reduce su impresión de Burma.

Vaya turista promedio. Pero el punto es que este intrépido personaje “no habrá visto nada ni del pueblo ni del campo de Burma”. La compañía adecuada ayudará: “Si el viajero llega por el oriente asegurará a un ‘muchacho’ en Rangún [...] Por lo general no sirve para nada, un don nadie al que ningún residente, blanco o nativo, contrataría”. Mejor emplear al sirviente que tomó en Ceilán. Las verdaderas estrellas de 1913 son las sorprendentes mujeres Padaung, las que se alargan el cuello por medio de argollas.

Pero los reporteros también concuerdan en los temas de parentesco. En septiembre, un número especial dedicado a los egipcios, el saber bíblico casi nada tiene que ver, mientras que sí las sugerencias del matriarcado feminista: “Existía en la mentalidad egipcia un sentimiento que casi se podría llamar

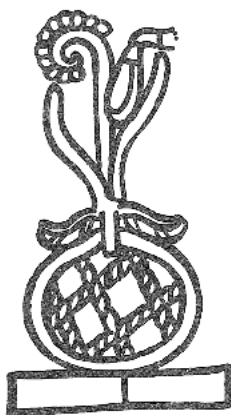
Se pasa revista a todos los faros en Estados Unidos (¿sabía usted que el más brillante del mundo alguna vez fue el faro de Navesink, en Nueva Jersey, que iluminaba la bahía de Nueva York?) Y un amplio artículo pasa revista a la teoría del cáncer parasitario, con fotografías de plantas y flores enfermas.

reverente hacia la condición de ser mujer, en particular con respecto a su gran función maternal; un sentimiento que resulta mucho más afín a nuestra moderna idea occidental que cualquier otra cosa que hayamos encontrado entre los pueblos antiguos”. (De qué manera debieron haber impresionado las mentes y los corazones las fotografías de los templos de Karnak y de la pradera de Tebas, fotografías previas a la televisión, anteriores incluso a buena parte de la fotografía de los noticieros.) Una nota antropológica aborda el ascetismo indio y luego un ascético festival hindú, y los contempla no como un espectáculo de fenómenos sino como una lección a los imperialistas sobre la dialéctica de la cultura hindú. Las fotografías de los ascetas hindúes lucen asombrosamente parecidas a las más recientes de Avedon; tienen el peso de su alarmante sentido del propio yo.

La molestia académica, desde luego, no radica en que esta mirada etnográfica sea necesariamente irrespetuosa; es que el sólo mirar trata a los congéneres humanos como objetos decorativos en el aparador del mundo, en donde se encuentran para ser vistos. Los sujetos son mostrados como objetos. Sin embargo, ¿cómo es posible que un acto de representación escape a ese cargo? La alternativa es un solipsismo muy vigilado, más absoluto de lo que podría sostener la vida: mostrar sólo a los de uno por temor a transgredir la pureza del ser del Otro.

Se asume que Estados Unidos en términos académicos es cultura mientras que la naturaleza es exótica, que ahí se encuentra para que alguien la recabe y la esponga y la explote. Sin embargo, en estas páginas de 1913 Estados Unidos es, aún, el que es meramente natural y el que necesita ser explotado. El placer derivado del Otro resulta tan obvio que ni siquiera hay que subrayarlo; el verdadero riesgo es que podríamos amar tanto al Otro, caer en estas prácticas, amar estas maneras, pues son más glamorosas, más seductoras, más absorbentes que las nuestras. Lo nacional, se puede decir así, siempre está en guerra con lo geográfico.

La visita a los ascéticos va seguida del viaje extático al gran templo hindú de Madurai:



Los miles de hombres y mujeres ataviados alegremente, las interesantes ceremonias, el seco lecho del río con sus riberas de bamboleantes cocoteros, y encima de todo lo anterior la sensación de una presencia divina que toda la gente parece experimentar, aún a pesar de su hilaridad y de su conducta hasta cierto punto cuestionable; todo lo anterior confunde a los sentidos y nubla la mente hasta que uno se ve perdido en un laberinto del pensamiento en el que parecen enfrentarse Oriente y Occiden-

te. El práctico occidental ve muchas cosas que quisiera imitar en la ceremonia de fe y llaneza infantil. Y sin embargo también ve mucho que quisiera purificar y ennoblecere. De poder vincular la sencilla fe con un código ético noble, aquí habría ciertamente poder.

Lo que va seguido por una visita a “Texas, el más grande de nuestros estados”, cuyo tono, por contraste, es seco y llano. (“Aunque Texas es más grande que Francia, Alemania, o los estados atlánticos centrales, sólo se usa el quince por ciento de su enorme dominio.”) La moraleja es en buena medida la del viajero cosmopolita según el modelo de Teddy Roosevelt: viaja y aprende, y luego vuelve a casa y desarróllate. La lección no es “¡Vean qué terrible!” sino “¡Vean qué maravilla!” La rectitud estadounidense confronta el mundo antiguo y exótico, más fascinante. El marcador al final de cada entrega es: la Rectitud de Estados Unidos, 100; los Placeres Exóticos, 99. Pero siempre es muy cerrado. Observar la competencia es parte de la emoción.

Algunas de las líneas fallidas de 1914 ya se ven en el *National Geographic* de 1913: aparece una nota premonitoria sobre los turcos y los Balcanes y el equilibrio de poder británico (surge una carcajada seca); otra nota da fe de que el retiro del Imperio otomano de los Balcanes dejaba un vacío que nadie podría llenar bien. Más allá de eso, se percibe el más amplio e inseguro propósito del imperialismo en ese periodo. La visión colonial en 1913, al menos desde unos Estados Unidos aún no imperiales, es una en la que parecen estar mezcladas la mejoría y la explotación. El prestigio parece tan relevante como el poder. No se conocía la visión trágica de la vida que en la actualidad se cuele en los números positivos y dedicados a la diversión —las constantes advertencias de riesgos y desastres, basados en la ecología y en la población.

Aun cuando se rompió el baluarte, la lucha en Europa seguía pareciendo inspiradora. Se llega, al fin, a agosto de 1914, para encontrar encartado un mapa (preparado para la guerra) de Europa central y de los nuevos estados balcánicos. Con cuánto orgullo debieron haberse felicitado a sí mismos los editores por haberse apurado y haber salido a tiempo. El mapa incluye una gráfica, semejante al pronosticador para un torneo o una carrera, de los ejércitos de los combatientes: “Este mapa resultará de gran valor para los miembros de la Sociedad que quieran seguir la serie de campaña militares que se tema no tengan paralelo en la historia”. El miedo está ahí, pero también la sensación de nerviosismo: va a ser una gran Copa Mundial que seguir, de lejos.

Al pasar revista a los siguientes años de bordes amarillos el lector se apercibe en determinado momento de la *ausencia*

Se llega, al fin, a agosto de 1914, para encontrar encartado un mapa (preparado para la guerra) de Europa central y de los nuevos estados balcánicos. Con cuánto orgullo debieron haberse felicitado a sí mismos los editores por haberse apurado y haber salido a tiempo.

de lo que se convertiría en un rasgo característico. La misma leyenda negra dice que el encanto de *National Geographic* dependió de los vistazos a hurtadillas de mujeres negras con los pechos descubiertos. Dave Barry ha escrito que cuando llegaba una nueva entrega de la revista “era analizada de manera inmediata en busca de su contenido mamario, y esta información se diseminaba a toda velocidad por toda la escuela”. Curiosamente, algunos de los hipercríticos expertos en estudios culturales que analizan de cerca *National Geographic* comparten la misma atracción: “Recuerdo que tomaba en secreto las revistas de mis padres y que me las llevaba a un sitio privado”, escribe Rachel Bailey Jones en su libro *Postcolonial Representation of Women*. “Las imágenes de las nativas con los pechos expuestos me ofrecieron mi primera probada de la sexualidad; desarrollé una extraña fascinación con estas imágenes supuestamente educativas”.

Sí existieron. El primero pecho desnudo apareció en la entrega de noviembre de 1896 de *National Geographic*, en un retrato llamado “Novia y novio zulú”. T. Y. Rothenburg, en su tan crítico estudio *Presenting America to the World: Strategies of Innocence in “National Geographic”* (los títulos no me los inventé yo), escribe sobre los primeros fotógrafos de *National Geographic* que “el tema de los pechos morenos expuestos revela mucho sobre sus pensamientos en cuanto a la sexualidad y el significado social”, en tanto que Kimberly Sanders, en su libro *Skin Deep, Spirit Strong: The Black Female Body in American Culture*, señala sobre esos primeros novios: “la pareja se ve reducida en el texto a criaturas salvajes fecundas, en nada distintas a los animales salvajes”. Esto no parece justo. El tono del artículo que la acompaña es antropológico y desinteresado, de ninguna manera condescendiente, mucho menos deshumanizante. La mujer en efecto se ve idéntica a su esposo, y en perfecto dominio de sí misma; si a alguien se apenó, no fue a ella.

En todo caso, los editores se habrían sentido heridos por la acusación: una posterior racionalización, para una fotografía similar, ésta en las Filipinas, fue que la “mojigatería no debería influir la decisión” de imprimir imágenes de desnudos, y que estas fotografías eran un “auténtico reflejo de las costumbres de la época en esas islas”. Se tiene la sensación de que los editores no podían ganar en este juego: de haber cubierto de manera rutinaria a esta gente, en contra de su propio código de vestir, entonces con toda seguridad los académicos actuales estarían condenando a *National Geographic* por censurar y occidentalizar a la novia zulú. La prisa en realidad era la de mostrar a la gente “como realmente es”, y aunque no es posible mostrar a la gente sin mostrar cómo eres tú, como tú eres tal vez, en este caso, más allá de meramente racista.



Aún así, la idea de que la revista estaba plagada de los pechos descubiertos de las nativas es como una leyenda urbana —o mejor dicho una leyenda de los bosques tropicales y de las sabanas. Los hubo, mas no con frecuencia, y no en masa. Cualquiera niño (o futuro experto en estudios culturales) que esperara junto al buzón para echar el siguiente vistazo tuvo que ser un muy paciente vigilante del buzón. Persiste la leyenda porque le adjudica un fin mezquino a una empresa noble, al delatar el que parece ser un motivo mezclado en una institución pulida por ella misma.

Lo que en realidad resulta sorprendente sobre *National Geographic*, conforme se pasa de un año a otro, no es una saciedad oculta sino la repetición de yuxtaposiciones características. Aunque el editor de cada número gasta su tiempo preocupándose sobre la “mezcla”, las revistas por lo general publican una y otra vez el mismo contrapunto de piezas. (“¡Fue un buen chico aunque hoy sea malo!”, seguido de “El tema es bueno, el autor es aún mejor”, era el pareo de la revista *Rolling Stone* en su época clásica, igual que en esta revista era el comentario “Todas las devociones liberales son sinceras”, seguido por la nota “Los piadosos liberales se engañan entre sí”.) *National Geographic* perfeccionó la dupla de lo muy viejo visto desde lo alto con lo muy cercano visto desde lo más cerca. Al comienzo del siglo pasado, se descubrieron y exploraron Machu Pichu y buena parte del antiguo Egipto, y en páginas adyacentes se puso bajo el microscopio a escarabajos y se espió por la noche a roedores. Cincuenta años después se sigue desplegando el mismo contrapunto: inmediatamente después de un artículo sobre los Leakey de Olduvai, su famosa excavación en busca de fósiles de homínidos vista desde lo alto y en la larga perspectiva del tiempo, vienen a páginas seguidas extraños peces en un arrecife de coral, vistos en dramáticos acercamientos subacuáticos.

De hecho, el número de números de *National Geographic*, el de diciembre de 1969, apenas termina el paquete sobre “Los primeros exploradores de la Luna” —aventura, exploración, estadounidenses— se nos envía “Adentro del nido amurallado de un buco”, lanzándose la revista del espacio exterior del astronauta al reducto interno de un nido. Lo que relaciona las preocupaciones de la revista no es tanto la idea de una revisión planetaria como una idea incluyente de lo desconocido. “En nuestra misma puerta yacen ámbitos completos nunca vistos por el hombre, cuyos habitantes nadie ha escuchado. La frontera no se ha borrado”: así es como concluye la nota sobre los peces en el arrecife de coral, y esas palabras podrían servir como la firma para cada nota en *National Geographic*. Ya que se fue a los Polos, ya que se conquistó el Everest, ya que se re-

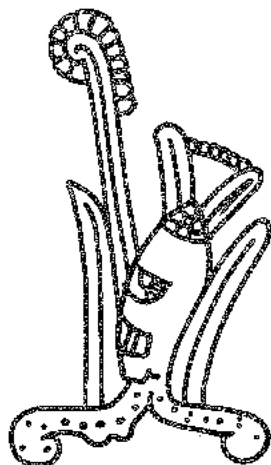
National Geographic perfeccionó la dupla de lo muy viejo visto desde lo alto con lo muy cercano visto desde lo más cerca. Al comienzo del siglo pasado, se descubrieron y exploraron Machu Pichu y buena parte del antiguo Egipto, y en páginas adyacentes se puso bajo el microscopio a escarabajos y se espió por la noche a roedores.

velaron los abismos de la historia de la humanidad, aún queda algo no visto que podría ser visto. Se trata, a su manera, de un casual mote místico.

A mediados de los años sesenta del siglo XX, el momento en el que por primera vez examiné la pila en el sótano de mis abuelos, resulta ser un momento ligeramente confuso en la historia de la revista. Al igual que otras revistas en ese próspero tiempo, durante el cual los publicistas bostezaban ante los productores de carros que suplicaban por más páginas publicitarias, la revista se había vuelto gorda y un tanto sosegada. “El corazón dinámico de Canadá: Ontario” es un texto improbable de portada en 1963 y otro “Suiza, taller sereno del mundo”. Una nota sobre la isla de Tahití —con todo y su ronda de bellas y muy bien vestidas tahitianas— va acompañada, de manera inevitable, con una sobre luciérnagas, vistas en *close-up* y encendidas. En una nota sobre Sudáfrica, las actitudes hacia el *apartheid* son delicadas (no precisamente complementarias, pero lejos de ser rabiosas), mientras que en una nota sobre un viaje al sur de la frontera se nos dice que “todos, los dirigentes de la ciudad, los bolearitos, los pescadores indígenas, nos dieron la bienvenida a México. La amabilidad y la paciencia de todos ellos morigeraron nuestra prisa anglosajona”.

Sin embargo, a todas luces la revista no sufrió debido a sus arcaísmos. Las revistas, para sus fieles lectores, son antes que nada la regularidad del diseño, la tipografía y el tono; ellos son parte de lo que se ve y se oye, así como de lo que se pretende. En ese tema *National Geographic* jamás abandonó a sus lectores. Mostró dibujos nítidos de las estaciones subacuáticas de Jacques Cousteau, vistas en un corte del océano, con vistas del interior para mostrar a la tripulación francesa en calzoncillos; sacó mapas decorados con iconos significativos —sellos estatales, sitios naturales— dibujados en un estilo no caricaturizado aunque no del todo auténtico. En un año en el que ya estaban en el escenario los Rolling Stones y aún lastimaba el martirio de J. F. K., el gobernador Melville Bell, nieto de Alexander Graham Bell, publicó una nota sobre “El árbol más alto del mundo”, una secuoya estadounidense. El Big Ben de Londres, se nos informa, quedaría como el *segundo* árbol más elevado, y aparece la gráfica que muestra al Big Ben quedándose corto.

Este momento de inmovilidad, sostiene Stephanie L. Hawkins en el nuevo y muy crítico estudio cultural realizado por ella, *American Iconographic: National Geographic, Global Culture and the Visual Imagination*, surgió tan sólo después de una etapa de turbulencia política dentro de la sociedad que se sigue sublimando pero que es muy evidente. El libro de



Hawkins es revisionismo revisionista. En contra de los primeros críticos severos de la revista ella arguye que sus lectores no eran ni monolíticos ni presas fáciles, y que las cartas al editor, y, de hecho, la tan amplia cantidad de caricaturas y de chistes y de comentarios que se publicaban en otras partes sobre la revista muestran que fuera lo que fuera lo que *National Geographic* estuviera vendiendo, su público no lo estaba necesariamente comprando.

Hawkins muestra a Grosvenor, el eterno editor, no nada más como un mero conservador sino como un abierto racista las más de las veces. Grosvenor pudo tener motivos muy diversos para sacar negros en las páginas de la revista, pero hizo lo posible por mantenerlos fuera de los círculos superiores de la sociedad, y en los años treinta fue, si no precisamente amistoso con el régimen de Hitler, tampoco un enemigo. Sin embargo, la crítica de Rothenburg llega a la reluctancia de Grosvenor a publicar artículos a favor de la Unión Soviética en la misma época —una elección que, a fin de cuentas, hoy parece visionaria y admirable. (Rothenburg cita asimismo, lo que es revelador, y como una de las premisas básicas de *National Geographic*: “Todo lo publicado en la revista debe tener un valor permanente y estar de tal manera planeado que cada revista sea tan valiosa y pertinente un año o cinco años después de publicada como el día en que salió”. La pila en la cochera de tus abuelos no fue nada más algo anticipado; así se planeó.)

De hecho, el Berlín de los Juegos Olímpicos se presenta, en 1937, sin mucha conciencia de lo que estaba sucediendo a sus residentes judíos. Pero esa nota va precedida, un año antes, por una nota muy afable sobre París bajo el Frente Popular: “La confianza y la determinación de los trabajadores correspondían a la calma filosófica y a la auténtica simpatía de quienes vieron al poder, al menos por un momento, salir de sus manos”. El tono no es secretamente reaccionario. Es el de la escuela del “One World” de Wendell Wilkie del pensamiento del Partido Republicano: la buena voluntad y el sensato sentido común estadounidense son capaces de derrotar las divisiones políticas, hasta en la rara Europa.

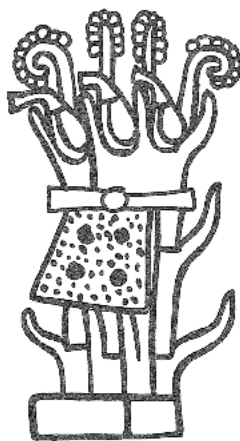
Europa era rara, pero no Inglaterra. Una de las cosas sorprendentes en el *National Geographic* de la posguerra es que la revista, absolutamente estadounidense, fuera tan anglófila. De los numerosos héroes que aparecen en sus páginas, los más vistos o aquellos a los que se retrata de manera más heroica son los miembros de la familia Leakey y sus fósiles de cráneos y la Jane Goodall de los chimpancés. Una larga nota sobre el brío de los londinenses durante la guerra antecedió la entrada de Estados Unidos en el conflicto. De hecho, el entusiasmo por el lado inglés de las cosas transita por toda la revista hasta

Rothenburg cita asimismo, lo que es revelador, y como una de las premisas básicas de National Geographic: “Todo lo publicado en la revista debe tener un valor permanente y estar de tal manera planeado que cada revista sea tan valiosa y pertinente un año o cinco años después de publicada como el día en que salió”.

sus primeros momentos, cuando se celebraba a cada rato a los exploradores británicos. Acusadas de mostrar lo exótico siempre como el Otro (o al Otro siempre como lo exótico; cuesta trabajo mantener bien las categorías), la revista y su sociedad tenían un fin más puro: hacer hablar a todo el mundo inarticulado, y al hacerlo hablar un inglés propio de la mitad del Atlántico. Una lectura taimada de *National Geographic* podría decir que su auténtico fin cultural era el de reconciliar al aparato científico británico con el de Estados Unidos —o mejor tal vez, emplear la tradición excéntrica británica para humanizar la más tiesa de Estados Unidos.

Y luego está la gloria compartida en el amor angloamericano por los hechos. En un manifiesto en el año de los manifiestos de 1915, *National Geographic* le prometió a sus lectores, y les exigió a sus autores, “precisa precisión”. Este término tan adorable y tan estadounidense —no nada más fidelidad a los hechos sino fiel fidelidad a los hechos— habla de un empirismo sobre el mundo y sus habitantes, más radical que cualquiera que antes se hubiera ofrecido entre las tapas de una revista. Sobre el fondo de las revistas mal “ilustradas” que colmaban los puestos de periódicos, llenas de escenas densas pero lamentablemente vagas e inexactas en cuanto a sus detalles, *National Geographic* prometía hacer lo que entonces hizo: dar la lucha por el verdadero mapa del mundo, punto por punto y nativo por nativo, incluso, aunque no siempre, pezón por pezón.

Las páginas se detienen, el DVD deja de girar y de mostrar. ¿Qué impresión queda? Un esencialismo perverso se alcanza a ver en ese compromiso con la atemporalidad en el que creen los nuevos académicos de *National Geographic*. Mostró inmovilidad, no lucha, y de esta manera le prestó legitimidad al *status quo*. Sin embargo, *National Geographic* no hizo propaganda de una visión occidental del mundo bajo el disfraz de alguna otra cosa; arguyó abiertamente en su favor, entrega tras entrega. La creencia en la superioridad de la civilización occidental tapa una gran cantidad de sufrimiento —el genocidio del Congo belga por ninguna parte se menciona—, pero no es más loco que las creencias que tenemos por más queridas. Los geógrafos nacionales pudieron estar equivocados en la idea que de ellos mismo tenían, pero a duras penas lo hicieron de manera solapada. Mientras tanto, la crítica histórica, la cual versa ostensiblemente sobre el tratar de entender las cosas tal como entonces eran vistas, con mucha frecuencia gasta su tiempo amedrentando a los muertos por no haber visto las cosas como las vemos ahora. El acercamiento de los estudios culturales a los creadores del viejo *National Geographic*



se parece muchísimo a un artículo en el viejo *National Geographic* sobre alguna tribu desconocida —no más condescendiente, eso es verdad, pero sí muchísimo menos generoso.

Para el lector desapercibido permanece una impresión general: cuán emocionantes resultan estos números antiguos. Léanse los números viejos de *Scientific American* y el espacio entre lo que los científicos conjeturaban y lo que llegaron a saber es un poco cansado: no, no, sacúdanse esa idea, ¡va a resultar que este ADN en particular fue el que la hizo! Leer *National Geographic* es como asomarse al folleto de viaje más grande que se pueda imaginar: ¡visitemos ese planeta! Al final ibas a ir a nuevos lugares y a encontrar cosas nuevas y a ir a viejos lugares y descubrir si aún seguían ahí y si lo que de ellos se contaba era verdad. ¿Qué le pasó a ese brillante faro? (Cerrado, por desgracia, en 1949.) ¿Dónde quedó la teoría parasitaria de la enfermedad del cáncer? (Burlada, descartada, y hoy, bajo la forma viral, revivida.) Como espejo del mundo existente, *National Geographic* fue tan distorsionado como esos espejos siempre son; como acelerador de las ganas de saber de los estadounidenses, sigue siendo como la zanahoria que malea la curiosidad.

Al último doy con la imagen que tanto me aterrara en el sótano de mis abuelos. Es a mediados de 1964, en una entrega que asimismo abordó Nueva York, incluyendo modelos relucientes de lo que hoy son las dos torres oxidadas del pabellón del Estado de Nueva York en la Feria Mundial. Ahí estaba, el rugiente muro de agua al saltar sobre Seward, Alaska, las pequeñas figuras atrapadas en su carrera, pero no en la división de una calle, como yo la recordaba. En cambio, madre e hijos lanzados a lo alto en su propio jardín, la tierra arrancada de cuajo del pavimento, expuestas las raíces de los árboles, cincuenta pies o más en el aire, en donde el suelo cubierto de nieve y la casa de apariencia acogedora, producto improbable del mayoreo aún antes de sucumbir, se disuelven a espaldas de la familia. En el rostro de la madre hay una mirada de consentimiento doloroso, inteligente. Al final de la nota, ella anuncia su agradecimiento a Dios por haberlos bajado. Aunque en realidad ahí siguen.

¿Alguien tiene algún ejemplar viejo de la revista *Mad*?

Como espejo del mundo existente, National Geographic fue tan distorsionado como esos espejos siempre son; como acelerador de las ganas de saber de los estadounidenses, sigue siendo como la zanahoria que malea la curiosidad.

